

Nietzsche y el cristianismo¹

El año 2000 se ha desarrollado, culturalmente hablando, bajo el signo del filósofo alemán Friedrich Nietzsche, de cuya muerte estamos celebrando el primer centenario. A lo largo de 12 meses se han prodigado los debates en torno a su original y siempre provocativo pensamiento. La efeméride nos ha permitido reencontrarnos con algunas de las principales dimensiones de su rica e influyente personalidad intelectual: el filólogo heterodoxo convertido en detective del lenguaje, el profundo conocedor y re-creador de la cultura griega, el desenmascarador del nihilismo ínsito en la cultura moderna, el profeta de la muerte de Dios, el filósofo de la voluntad de poder y del eterno retorno de lo mismo, el pensador

¹ Artículo en el Periódico EL PAÍS. Sección "OPINIÓN". 29 de diciembre de 2000, p. 14.

políticamente incorrecto, el iconoclasta que puso en cuestión lo que hasta entonces era tenido por sagrado, bueno, recto y verdadero, el que busca la transvaloración de todos los valores.

Hay un tema central en su vida y su obra que no puede pasarse por alto en este centenario: el *cristianismo*. Nietzsche ha sido uno de los filósofos modernos que más han reflexionado sobre él, y quizá, de manera más iconoclasta, como se pone de manifiesto en su emblemática obra *El Anticristo*, donde podemos leer el siguiente juicio sumaráisimo: “Yo *condeno* el cristianismo, yo levanto contra la Iglesia cristiana la más terrible de todas las acusaciones que jamás acusador alguno ha tenido en su boca. Ella es para mí la más grande de todas las corrupciones inimaginables... Yo llamo al cristianismo la *única* gran maldición, la *única* grande intimísima corrupción, el *único* gran instinto de venganza, para el cual ningún medio es bastante venenoso, sigiloso, subterráneo, *pequeño* –yo lo llamo la *única* inmortal mancha deshonorosa de la humanidad...–”.

Este juicio ha quedado grabado en el imaginario colectivo de creyentes y no creyentes. Los primeros lo han utilizado para anatemizar al filósofo de la muerte de Dios; los segundos, para reafirmarse en sus actitudes críticas hacia la religión. La ortodoxia cristiana se ha encargado de difundir –a veces sacándolo de contexto– para cargarse de razón en la presentación de Nietzsche como el símbolo de un mundo sin Dios y uno de los más encarnizados enemigos del cristianismo de todos los tiempos.

La crítica nietzscheana al cristianismo se enmarca en el desenmascaramiento que hace de la tradición occidental configurada por tres factores: la lógica socrática, el platonismo y el cristianismo, al que define como “platonismo para el pueblo”. Los tres convergen en la negación del instinto de la vida. Coincido a este respecto con Eugen Fink en que, para Nietzsche, el cristianismo es “sólo la manifestación más poderosa en la historia universal de un extravío

de los instintos sufridos por el hombre europeo”. Extravío que consiste en haber desvalorizado el verdadero mundo, el terreno, y haber inventado un transmundo ideal, el celeste.

El cristianismo es ajeno a la realidad, asevera Nietzsche. Sus causas son puramente imaginarias: el alma, el espíritu. Sus efectos, también: gracia, pecado, castigo, redención, perdón de los pecados. Opera con una psicología imaginaria: arrepentimiento, remordimiento de conciencia. La teología por la que se rige acusa el mismo defecto, ya que habla de juicio final, de la vida eterna, del reino de los cielos. Los seres a los que se refiere son también imaginarios: Dios, espíritus, almas. El cristianismo es, en suma, “una forma de enemistad mortal, hasta ahora no superada, con la realidad”, leemos en *El Anticristo*.

El cristianismo se muestra contrario a la razón y a la duda. Es otra de las críticas de Nietzsche, que debe situarse en el marco de la crítica general a las morales de la renuncia. El cristiano se zambulle en la fe y renuncia a la razón. Nada en la fe “como en el más claro e inequívoco elemento” y ahoga la razón en las olas de la credulidad. La duda, el simple mirar a tierra firme, ya es pecado. Incluso la propia fundamentación de la fe y la reflexión sobre su origen se consideran pecaminosos. Los dogmas quedan así inmunizados a toda crítica.

El cristianismo es, en fin, la religión del resentimiento y de la compasión. Nietzsche considera la compasión como un afecto enfermizo, un instinto depresivo, débil y contagioso, que genera melancolía, obstaculiza las leyes naturales de la evolución y propaga el sufrimiento en el mundo. Precisamente el exceso de compasión constituye una de las causas de la muerte de Dios, como se muestra en el diálogo de Zarathustra con el último Papa, ya jubilado. “¿Sabes cómo murió (Dios)? ¿Es verdad... que fue la compasión la que le estranguló?”, pregunta Zarathustra. A lo que el Papa jubilado, tras narrar la evolución de Dios, responde: “Un día se asfixió con su excesiva compasión”.

La crítica más severa recae sobre Pablo de Tarso, a quien llama “disangelista” –en contraposición al “buen mensajero” que fue Jesús – y considera el verdadero fundador, el inventor, del cristianismo, y sobre la figura del sacerdote, de quien dice que es “la especie más viscosa del hombre”, cuya misión es enseñar la contranaturalidad.

De la crítica salva a Jesús de Nazaret –aunque sólo en parte–, a quien define como un “espíritu libre”, que no se atiene a leyes ni a dogmas; un rebelde que se levanta contra la Iglesia judía, los sacerdotes, los teólogos y la jerarquía de aquella sociedad; un “santo anarquista”, que incita a los excluidos a rebelarse contra la clase dirigente; un “criminal político”: por eso fue crucificado; un “gran simbolista”, que sólo toma por verdades las realidades interiores, concibe lo natural y lo histórico como ocasión de parábola, y el reino de Dios, como un estado del corazón. Pero, a renglón seguido, lo llama “idiota”, en el sentido de persona ilusa, ingenua, carente de sentido de la realidad, que se ha quedado en la edad de la pubertad y no ha desarrollado los instintos varoniles.

La actitud más frecuente de los teólogos ante Nietzsche ha sido el cuerpo a cuerpo, la condena total de su filosofía, el rechazo de sus críticas hacia el cristianismo, calificándolas de panfletarias e inconsistentes y acusando al filósofo del mismo resentimiento que él atribuye al cristianismo. Según los teólogos empeñados en salvaguardar la ortodoxia, la muerte de Dios anunciada por Nietzsche hunde a la humanidad en la barbarie y la oscuridad, y lleva derechamente a la muerte del ser humano.

Yo creo que hay que renunciar al cuerpo a cuerpo con Nietzsche y optar por el diálogo sincero y exigente. En ese diálogo debe concederse una parte no pequeña de razón al filósofo, sobre todo en su crítica a algunos modelos del cristianismo todavía vigentes en parte: el cristianismo idealista, que establece una separación entre trascendencia inteligible y la inmanencia sensible y apela apresuradamente a los valores; el cristianismo caracterizado por el

desprecio del cuerpo, la negación del yo, el fomento de los instintos de muerte y la represión del instinto de vida; el cristianismo fideísta sin fundamento en la razón y el cristianismo racionalista estrecho.

Sin embargo, tengo que disentir de Nietzsche en aspectos fundamentales de su teoría del cristianismo. No puedo compartir su crítica de la compasión. Ésta es, para mí, una dimensión fundamental del ser humano y la opción fundamental de Jesús. En ambos casos se trata de una praxis tendente a aliviar el sufrimiento humano y a solidarizarse con las personas que viven en situaciones infrahumanas. Y esto nada tiene de debilidad o resentimiento, de negación de la vida o renuncia, sino todo lo contrario: es fuerza de liberación, cauce de solidaridad y defensa de la vida de los que mueren antes de tiempo. En el caso de Pablo, es verdad que con él se inicia la espiritualización del mensaje de Jesús. Pero no inventa el cristianismo. Lo que hace es liberarlo del estrecho marco judío, abrirlo al contexto cultural helenista y darle una orientación universalista. Finalmente, no puedo aceptar el calificativo de “idiota” aplicado a Jesús. Éste no es ningún utópico ingenuo. Tiene conciencia clara de la realidad y sentido crítico de la historia. Y eso le lleva a entrar en conflicto con los poderes religiosos, políticos y económicos, con la sociedad patriarcal y con Dios mismo, y a proponer una alternativa humanista de religión y de sociedad.